

Ataques terroristas, crisis devastadoras, pandemias sanguinarias...
¿Por qué en una de las épocas con mayor bienestar y seguridad de la historia sentimos tantas y tan cercanas amenazas? ¿Están justificadas las alertas o se está creando un mundo paranoico? ¿Sabemos manejar nuestros temores o nos domina el pánico?

¿Es esta la sociedad del miedo?

por TERESA GONZÁLEZ MANSO + fotos CARLOS ALBA

Entre los 70 y 80 llegaron el sida y el ébola, males mortíferos para los que no había cura. Al tiempo, huracanes y terremotos comenzaron a nutrir de imágenes escalofriantes los medios de comunicación, que reflejaban cada vez con más detalle los estragos de los atentados terroristas en algún lugar del planeta. El más espectacular, en cuanto a impacto mediático, acompañó al nuevo milenio, el 11 de septiembre de 2001. Poco después, la sombra de una terrible crisis económica planea por los cinco continentes. Si alguna vez la humanidad tuvo fe en la ciencia como la panacea que la libraría de todo peligro, esa esperanza hace tiempo que se resquebrajó. Como consecuencia, el hombre se ha visto abocado a la incertidumbre, a la inseguridad y, sobre todo, al miedo. Un informe realizado por el Centro de Estudios de Inversiones Sociales italiano en nueve metrópolis ha señalado que entre el 80% y el 90% de sus habitantes lo siente. Uno de los últimos episodios de esta moderna paranoia, justificada o imaginaria, fue el de la gripe A. Cuando se detectó el primer caso de un infectado en España, hace poco más de un año, saltaron todas las alarmas. Se vendieron miles de mascarillas y jabones desinfectantes y arreciaron mensajes como el del Colegio de Médicos de Madrid: «No beses, no des la mano, di hola». En junio de 2009 llegó la primera muerte en nuestro país, la de Dalilah, mientras los laboratorios corrían por lograr la ansiada vacuna. Hoy, se acusa a la OMS de exagerar el riesgo. Fuera así o no en este caso concreto, lo cierto es que hay datos que hablan de las repercusiones de esta sociedad temerosa: cerca de un 30% de los españoles tiene depresiones periódicas y las ventas de fármacos contra ellas no dejan de crecer (un 10% en los últimos dos años, según el laboratorio Pfizer); lo mismo sucede con los tranquilizantes (con un incremento del 1,6%, hasta llegar a las 52 millones de unidades vendidas al año en el país) y las consultas psiquiátricas (que han aumentado en un 25%, según la misma fuente). Pero ¿por qué tanto pánico? ¿Es racional? Sobre nuestros miedos, incertidumbres y alguna chaladura debaten Inés Ballester, Marta Sanz, Lourdes García y Rosa Villacastín.

YO DONA. ¿Realmente vivimos tan atemorizados? ¿Qué nos pasa?

Inés: Esta sociedad oscila entre el miedo y la confianza. Por un lado, nos creemos seguros: nos levantamos sabiendo que ahí están los transportes públicos, los hospitales, las instituciones democráticas... Sin embargo, por otro, evitamos descansar del todo en esa convicción, lo cual también es bueno. El hombre, ante una amenaza, se junta con los de su especie y

1

Marta Sanz

Escritora. Su última novela es *Black, black, black* (Anagrama). Acaba de presentar los poemarios *Perra mentirosa* y *Hardcore* (Bartleby).

2

Lourdes García

Periodista. Presenta *Teledaporte* en La 2 de TVE.

3

Inés Ballester

Periodista. Presenta *Cine de Barrio* en La Primera, de TVE, y es contertulia en el programa de Julia Otero, *Julia en la onda*, de Onda Cero.

4

Rosa Villacastín

Periodista. Colaboradora de 3D, el nuevo magacín de Antena 3 TV, y de la revista *Diez Minutos*.



[1]

[2]

[3]

[4]

«Como el colesterol, hay un miedo bueno y otro malo. El primero sirve de aviso; el segundo atenaza e inmoviliza.»

Rosa Villacastín

actúa. Una cierta dosis de temor nos obliga a movernos; evita que quedemos paralizados. El problema es hasta dónde lo llevamos. El 11-S hizo que los ciudadanos aceptaran recortes en sus libertades antes impensables.

Marta: Esta es una cultura bastante miedosa porque, en el fondo, todos sentimos que hay demasiados factores que no controlamos. A veces experimentamos una falsa idea de libertad, creemos que podemos decidir sobre más ámbitos de los reales, y al darnos cuenta de que no es así, surgen la impotencia y la frustración. Lo importante radica en cómo se gestiona y manipula esta conciencia de la propia vulnerabilidad. Como decías, Inés, en el 11-S esto concluyó con la renuncia a algunos derechos fundamentales.

Rosa: Cada año, la gripe se cobra miles de víctimas y nadie hace mención de ello. Cuando el H1N1 aún no había provocado ni 50 muertes, ya estaba todo el planeta aterrorizado. Hoy, cada problema global se vive en el salón de tu casa, porque los medios se encargan de dártelo comido y masticado durante la cena. Y esto, que es positivo porque te mantiene informado de tu entorno, también te conciencia de que no somos nada y de que seguimos a merced de la naturaleza y de otras muchas cosas...

Lourdes: No estoy de acuerdo con lo que comentabas antes, Inés. El miedo siempre limita: cuantos más terrores desarrollas, más muros levantas a tu alrededor. Pánico a dormir sin luz, al avión, a que tu hijo salga de noche... todo son zancadillas que uno se pone a sí mismo. Deberíamos intentar controlarlos mejor. ¡No todos los días te violan, te asinan o te atrapa un tsunami! No puedes estar obsesionada pensando que eso te va a pasar a ti, porque entonces no disfrutarás jamás.

Rosa: Leí una entrevista a una neoyorquina a la que los medios habían tachado de malísima madre porque dejaba que su hijo de nueve años fuera solo en metro al colegio. Ella explicaba que le había educado en la responsabilidad. El reportaje señalaba, además, las escasas probabilidades de que le sucediera nada malo en el

trayecto. Nunca hemos atravesado una época tan segura como esta y, sin embargo, estamos en una sociedad, con perdón, absolutamente acojonada.

Inés: El miedo, como la fiebre, sirve de alarma frente a un peligro, te hace reaccionar ante él. No obstante, también lo hay de otra clase, ese que paraliza e impide avanzar en la vida, que debe dominarse y combatirse con cultura e información, porque es destructivo.

Rosa: Como el colesterol, hay bueno y malo. El primero sirve de aviso; el segundo, atenaza. Lo que hay que hacer es educar bien. Yo tenía una abuela que siempre me decía: «¡Cuidado con esto! ¡No hagas tal cosa!» Por ella, nunca habría salido de casa... Y aún existen padres así. Ese exceso de prudencia influye en la vida adulta de los hijos: en no tomar decisiones, en dejar pasar oportunidades...

Marta: Más allá del temor de cada uno, me preocupa sobre todo el miedo social, aquel que se utiliza para manipular a la gente o como cortina de humo para ocultar otras realidades. Me parece demasiada casualidad que el pánico generado con la gripe A coincidiese con el momento más duro de la crisis... Marta tiene ejemplos para rato de paranoías patológicas, desde las individuales, como la de Britney Spears, que lleva su preocupación por perder la voz al ridículo →

«Cierta dosis de temor evita que quedemos paralizados. El problema es hasta dónde lo llevamos.»

Inés Ballester

«Me preocupa, sobre todo, cuando este sentimiento se utiliza para manipular a la gente o para tapar otras realidades.»

Marta Sanz

(en los hoteles, siempre exige una habitación donde nunca haya fumado nadie), hasta las globales: «Hemos alcanzado tal bienestar que cualquier amenaza a nuestra salud provoca pánico. Acabo de volver de Nueva York, y en el avión viajaba una familia que parecía sacada de un cómic del *Hombre Invisible*. Llevaban mascarillas, antifaces y auriculares; estaban separados del resto de pasajeros y cuando alguien estornudaba, pegaban un respingo», cuenta.

«El riesgo de estos nuevos miedos sociales, casi enfermizos, es que no sólo nos inmovilizan, sino que nos aíslan», concluye. «Sin embargo, tienden a unir a las personas en un frente de lucha común», matiza Inés, y Marta responde rápido: «En las catástrofes, sí, porque surge el espíritu solidario, pero otro tipo de temores, por ejemplo, a la enfermedad, nos alejan de los demás.»

Rosa: Pero eso se produce porque, a pesar de que la tecnología nos permite conectar con cualquiera, cada vez vivimos más incomunicados. Además, ahora negamos los trances naturales de la vida, como la enfermedad o la muerte. Los tanatorios son tan bonitos que parecen hoteles, con sus jardines y su música estupenda...

Antes de comenzar la charla, Inés planteaba una cuestión interesante: ¿a priori, qué nos asusta más, una enfermedad personal grave o una catástrofe colectiva?

Rosa: Lo primero. Estamos menos preparados para asumir un cáncer que una epidemia.

Inés: Claro, porque una persona sola es muchísimo más débil. Fijaos en los maltratadores: aíslan a la víctima y luego le infunden terror. Si ella notara la cercanía de su familia, no lo sentiría, es su soledad lo que la vuelve tan vulnerable. La mejor forma de luchar contra el miedo es ser consciente de que existe; hacerle frente y, por último, buscar la protección de los demás.

Lourdes: Antes, Rosa aportó la clave para vencerlo: la educación. A los niños se les inculca el temor, que no la prudencia, desde que nacen. Todos esos artilugios mecánicos para controlar al bebé en cada instante; esa obsesión por la muerte súbita, por la higiene... Nada de esto se daba antes. Sentimos pánico hasta de respirar, casi hasta de existir.

Junto con el miedo a la falta de salud, la obsesión de medio mundo tiene hoy otro nombre: el paro. En España, según el CIS, la posibilidad de perder el empleo quita el sueño al 74,7% de los hombres y al 72,9% de las mujeres. Y lo que es peor, según Inés, «nos ha vuelto más miserables que nunca. Con tal de conservar el puesto, trabajamos las horas que haga falta y agachamos la cabeza cuando despiden a alguien. Miramos hacia otro lado. ¡Jamás hubo tanta insolidaridad!» El de la creciente sumisión en el terreno laboral es una excelente muestra de algo en lo que insiste Marta: «El temor es una poderosísima herramienta de control social; ¡una verdadera arma de destrucción masiva! Uno de los factores que lo acentúan es la incompreensión. De ahí ese empeño en sembrar la idea de que cualquier asunto público es muy complicado. Por ejemplo, hace un par de años, cuando sucedieron los disturbios en París, nadie explicaba el fenómeno. Todo resultaba confuso, como si se pretendiera que pocos lo entendieran».

Rosa: Y luego está la reiteración de los mensajes. Por ejemplo, respecto a la cri-

«A los niños se les inculca el temor, que no la prudencia, desde que nacen. Sentimos pánico de respirar, casi hasta de existir.»

Lourdes García

sis: si desde la seis de la mañana todas las emisoras dicen que el mundo se va al traste, tú no sales ni a comprar una triste camiseta.

Inés: ¿Y qué decís de las pensiones? ¿Se está obsesio-

nando a los abuelitos con que no habrá dinero para pagar sus subsidios! Les están amargando la existencia.

Rosa: Todo eso, Inés, porque los políticos son capaces de extender el pánico entre las capas más débiles con tal de ganar 10 míseros votos. La frivolidad de los que lanzan y difunden esos mensajes es espantosa.

Marta: Sustraerse a ellos es complicadísimo. El miedo, como mercancía informativa, es muy vendible y muy rentable. Ahí está *La guerra de los mundos* de Orson Welles...

En 1938, Welles adaptó la novela del mismo título, sobre una invasión alienígena, para la radio. Se emitió como un informativo, y el histerismo llevó a miles de norteamericanos a echarse a la calle. Otro libro, *El país del miedo*, de Isaac Rosa, muestra hasta dónde puede conducir el pánico al hombre moderno, «que se deja arrastrar por los mensajes de los medios», como apunta Marta.

¿Es esta sociedad del miedo un fenómeno nuevo?

Lourdes: Es reciente y urbano. La gente del campo, nuestros abuelos, se levantaban temprano, araban u ordeñaban, y así hasta la noche: no sentían miedo, estrés o ansiedad. Y eso que habían pasado una guerra y conocían lo que significaba el hambre.

Rosa: Cuando la gente tiene un objetivo concreto por el que luchar, se deja la piel. Esa generación se comía el mundo con tal de salir adelante. Sabía a dónde se dirigía.

Inés: Además, hoy no sabemos hacer frente a las pequeñas y grandes contrariedades del día a día. No aceptamos que un hombre no nos ame o que no se valore nuestro trabajo. Antes, eso se llevaba de otra manera. Formaba parte natural de la vida.

Hoy, en este siglo XXI, lo *natural* parece ser el hecho de que sintamos temor, casi, como afirmaba Lourdes, hasta de respirar. Quizá porque, como ha dicho Isaac Rosa, el gran problema del miedo es... que siempre genera más miedo. X

WWW.YODONA.COM
Opina
¿NOS ASUSTA MÁS UNA ENFERMEDAD O UNA CATÁSTROFE COLECTIVA?